

LA CRUZ DE LA VICTORIA

DIARIO POLÍTICO TRADICIONALISTA.

PROSPECTO.

Al tomar parte en el combate que libran con tanta gloria en España los periódicos de nuestra comunión, no desconocemos por modo alguno lo azaroso de la empresa, ni lo menguado de nuestro valer. Las circunstancias son difíciles, porque á las fuerzas del enemigo se agregan prevenciones inverosímiles de quien menos podían esperarse, y con frecuencia el escritor tradicionalista tiene que renunciar á defenderse por respetos que otros menos desdeñados no guardan.

La cuestión, sin embargo, se vá planteando cada dia en términos más precisos; con lo cual, si la gravedad del peligro aumenta, la actitud de los combatientes se despeja y se desembaraza la nuestra. Despiértase el instinto de la vida en los momentos supremos, y se aclara también la inteligencia con los grandes dolores.

A doquiera volvamos nuestros ojos, todo es oscuridad, duda y angustia. Si por ventura algún rayo de luz en dias comparativamente serenos alumbrá estas tinieblas, no es para infundir esperanzas, sinó para mayor desconsuelo, bien como el fugaz relámpago en noche tempestuosa descubriendo al sobrecogido navegante la inminencia del riesgo, llena su corazón de espanto con los horrores del naufragio antes que la catástrofe se consume.

Y ciertamente, si contemplamos con serenidad de ánimo los fenómenos que ofrece la sociedad actual ¿á quién se ocultan lo encontrado de los intereses, las antipatías de clase, los odios que las desigualdades de fortuna engendran, la violencia de pasiones mal reprimidas, la soberbia de los unos, el egoísmo de los otros y las concupiscencias de todos? Se agitan tan contradictorios elementos como la hirviente lava en el fondo de los volcanes, y vá tomando aquella agitación tales proporciones, que ya se nota el ruido sordo precursor de los sacudimientos, si acaso no se perciben distintamente, el humo y las llamaradas. Estos piden pan, los otros trabajo, los poderosos gritan ¡órden!

Pero el órden es la justicia y la justicia comienza por la ley, cuyos preceptos deberían ser leales, derechos y cumplidos, según Dios y según justicia, y el hacedor de las leyes debería amar á Dios y tenerle ante sus ojos cuando las hiciere, para que fuesen derechas y cumplidas. Cuando la ley es justa, satisface todas las exigencias legítimas, porque las necesidades del pobre tienen su amparo en el deber moral del rico, y los derechos de ricos y de pobres, son limitados por los de Dios, á cuyos planes sapientísimos obedecen las diferencias de clase y de fortuna. Cuando las legislaciones y los gobiernos son informados por el espíritu cristiano, todo en la sociedad es órden y armonía. Junto á la choza del pobre se levanta el palacio del magnate, al lado de la fábrica el monasterio y el hospicio. A la benéfica sombra de la Iglesia se forman ricos sin avaricia y pobres sobrados de riquezas, propietarios padres de los colonos y colonos que parecen propietarios. Si las públicas calamidades visitan á los pueblos, ni el menestoroso se subleva, ni se recela el rico. Nadie pide con altanería pan y trabajo, no hay gritos ni conmociones: se habla únicamente de caridad. La pide el pobre sin humillarse y hácela el rico sin enorgullecerse. Escusado será pues añadir cuán dignas reputamos de nuestro estudio las instituciones económicas del antiguo régimen cristiano, para aplicarlas en cuanto sea posible al problema social del dia.

Pero si las sociedades, creyéndolo un progreso, huyen de Dios para volver al paganismo, la ley expresa únicamente la voluntad del partido vencedor en esas luchas periódicas más ó menos tranquilas ó tumultuosas, pero irracionales siempre por el principio á que obedecen, indignas por la forma que revisten y no menos funestas

que las guerras civiles. Guerra pues á la guerra civil que nada hoy justifica y guerra también á las luchas electorales, que informa *el liberalismo* tan ageno de las antiguas cortes como el despotismo fué ageno de la monarquía católica, que hizo de nuestra España el pueblo más feliz y poderoso del mundo. Aquellas cortes y esta monarquía acomodadas á los tiempos presentes, son la síntesis de nuestra política y la esperanza que nos anima.

Pero como los partidos turnan en el poder pacífica ó no pacíficamente, todos gozan á su vez los fueros de vencedores y sufren la ley del vencido, y cuanto mas se repite el turno, con más vehemencia se reproducen las pasiones del combate, cuyo fin último y lógico consiste en asegurar el triunfo, inutilizando al enemigo.

Por donde se ve cómo en estas interminables contiendas luchan instintos contra instintos, porque á todos falta derecho, no queriendo recibirle de Dios, fuente y origen de la justicia.

Y como Dios es autor de la vida y el que huye de la vida muere, pensar en resucitarle sería locura insigne ó estupidez supina, con exposición gravísima al contagio de que á todo trance queremos vernos libres.

¿Qué nos proponemos pues, dirán algunos, al ver este diagnóstico? ¿quereis únicamente complaceros en amargar nuestra existencia con el cuadro de irremediables desventuras? No tanto, ni con mucho es nuestro objeto. Pero hijos de la verdad, nuestro primer deber es anunciarla con franca sencillez. Esto se vá, esto se deshace, esto se muere: no porque lo echen, no porque lo deshagan, no porque lo maten; sinó porque apartándose de Dios, como hemos dicho, vive agonizando lenta, pero dolorosamente, como el enfermo crónico que, cuando parece mejorar, espira.

Si para entonces la comunión tradicionalista conserva sus creencias y á ellas acomoda sus obras, permaneciendo sin confundirse, ni mancharse con transacciones indignas, ni alianzas bochornosas, esa comunión odiada hoy dia de cuantos Dios, para perderles, priva del juicio, será esperanza de cuantos todavia conserven algún átomo de sentido común para salvarse.

Hé aquí el programa de nuestra publicación. Nada nos prometemos hoy: todo lo esperamos para un mañana más ó menos remoto. Nuestra actitud es aguardar el dia señalado en los divinos planes. Cuando llegue ese dia, aquí estaremos como estamos ahora al servicio de Dios y de su Iglesia. Mientras tanto, cobijados por la bandera que mantiene enhiesta el Augusto proscrito de Venecia, consagraremos nuestros esfuerzos á la unión de los buenos, con absoluto apartamiento de los malos, defendiendo la verdad íntegra en el terreno POLÍTICO contra *el liberalismo* de todas las especies; y en consecuencia de nuestro absoluto *anti-liberalismo*, sostendremos la política religiosa que en las cuestiones internacionales, especialmente en las de Italia, sostuvieron D. Fernando el Católico y nuestros reyes de la Casa de Austria.

Las circunstancias nos imponen cierta medida que nos trae á la imaginación antecedentes de la historia patria. Los godos refugiados en Asturias, cuando la invasión agarena, antes de enarbolar LA CRUZ DE LA VICTORIA en Covadonga, ocultaron en las escabrosidades del Monte Sacro los libros bíblicos y las reliquias santas. Pero además de este ejemplo, aún hay otro, é imitándole, si en nuestra senda política se nos atraviesa algún *mestizo*, le trataremos con piedad igual á la de D. Pelayo con D. Opas.

Basta ya de programa: sea nuestra empresa para gloria de Dios, y Él nos ayude.

LA REDACCIÓN.

BASES DE LA PUBLICACIÓN.

LA CRUZ DE LA VICTORIA se publicará todos los dias excepto los festivos, desde el dia 1.º del próximo mes de Marzo. La carta de nuestro activo é inteligente corresponsal en Madrid, comunicará á nuestros abonados las noticias políticas de mayor interés. El telegrama anticipará diariamente los sucesos y noticias más importantes.

Las secciones de noticias estarán servidas por celosos corresponsales, para que los Señores Suscritores hallen en LA CRUZ DE LA VICTORIA cuanto pueda convenirles así en la política, como en todos los demás asuntos de interés general.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:—En Oviedo, un trimestre 3'50 pesetas.—En la provincia y demás puntos de España, 4 pe-

